

## La mirada de los otros: una visión norteamericana de los años cuarenta colombianos

Colombia

Kathleen Romoli

Editorial Claridad. Buenos Aires, 1944,  
326 págs.

*"En vez de elefantes hay tapires; en vez de leones, pumas; en vez de camellos, llamas; en vez de tigres, jaguares y, en vez de canguros, zarigüeyas"* (pág. 14).

"País de los extremos y las contradicciones" llama la autora a Colombia, y este libro, escrito en un lenguaje expresivo por una norteamericana inteligente, no deja de ser un sugestivo panorama del país en la década del 30 al 40. Contrasta allí sus lecturas de historia —los cronistas, Henao y Arrubla— con su testimonio personal, fruto de innumerables viajes por todo el territorio. El resultado es interesante.

Por más que nos hayamos acostumbrado a repetir que "en Colombia nunca pasa nada", repasando estas páginas podemos distinguir, por lo menos, algunos cambios dentro de nuestra evolución social. Escribe Romoli: "Esa lasitud de la cual también se dice que traba la energía colombiana, ha de achacarse en cierto modo a las circunstancias de su historia, que hasta comienzos del siglo XX se dividió en dos violentos períodos opuestos, ambos anormales. El primero fue un período de doscientos sesenta años consecutivos de una paz casi absoluta, durante la cual la colonia vivió en un aislamiento estático



como bajo una campana de cristal<sup>1</sup>; el segundo fue un siglo repleto de lucha sangrienta y despiadada, explosiva y agotadora. No puede, pues, sorprender que las energías se hayan dilapidado" (pág. 15).

Las guerras civiles, que recorrieron el país hasta 1902, bien pueden considerarse los sacudones del parto, en pos del progreso y la unificación nacional, pero otros factores, no menos contundentes, como serían las montañas "insistentes y soberbias", repercutirían, como una constante, en la economía, la historia y las costumbres de Colombia. Las tres cordilleras, a través de las cuales los Andes van descendiendo hasta morir en las playas del Caribe, son las que obligarán al país a inventar la primera línea aérea comercial del mundo: Scadta, en 1919, con pilotos alemanes. Empresa que de doce pasajeros y 800 kilos de carga, en 1920, pasaría a 54.612 pasajeros y 500.000 kilos de carga diecinueve años después.

Del empirismo a la abstracción, del dato concreto a la teoría, a veces demasiado amplia, el valor del libro no reside en las estadísticas que en ocasiones salpican sus páginas sino en la visión individual que varias de ellas ofrecen. Los dos capítulos, por ejemplo, dedicados a la explotación petrolera en el Catatumbo son, en tal sentido, de primer orden. Con recursos de novelista contemporáneo —esta es la historia de doscientos sesenta y tres millas de tubos de doce pulgadas— ella logra transmitir las mismas sensaciones que experimenta cualquier lector de *La vorá-*

<sup>1</sup> La "paz casi absoluta" del período colonial es cada día más cuestionada. María Teresa Cristina dice, por ejemplo: "La imagen que presenta El carnero de la sociedad santafereña dista mucho de ser la convencional e idealizada de una Santafé idílica, piadosa y apacible. En ese desfile de funcionarios deshonestos e inclusive criminales, de mujeres y hombres arrastrados por sus pasiones, de clérigos poco santos, de adulterios y supersticiones, Rodríguez Freyle esboza el cuadro de una sociedad henchida de violencia y turbulencia. Los primeros cien años de la dominación española corresponden a una época de profundos conflictos políticos y sociales que el cronista no puede eludir". "La literatura en la conquista y la colonia", en Manual de Historia de Colombia, Bogotá, Colcultura, 1982, segunda edición, vol. 1, pág. 532.

gine: "Tiene algo de fascinador y horrible esta vegetación furiosa, que lucha desenfadadamente por vivir" (pág. 114), con las precisiones del nuevo periodismo, objetivamente comprometido con la historia de las concesiones Mares y Barco: la saga de la *Tropical Oil Company* y la *Colombian Petroleum Company* y sus pioneros, colombianos y norteamericanos, desmontando 160 kilómetros de selva, luchando contra los indios motilonos, tendiendo un oleoducto de 410 kilómetros. En el centro de este recuento, en ocasiones del todo irracional, asoma el sempiterno debate, visto a través de los ojos de una gringa alerta, sobre la soberanía nacional y la explotación de sus recursos naturales, todo lo cual nos permite situarnos en el otro punto de vista, con inusual franqueza.

Dice Romoli refiriéndose a América Latina: "Hemos hecho una buena porción de cosas, es cierto, pero no, desde luego, por un altruismo irracional, sin el móvil de una recompensa; pero sí con considerable energía y eficacia. Hemos desarrollado recursos que ellos eran incapaces de explotar; hemos gastado dinero que originó la prosperidad pública; hemos modernizado, construido y organizado. En ciertos casos, hemos puesto firmemente sus casas en orden, para ellos. Les hemos dado dinero al siete u ocho por ciento y ellos no lo han devuelto. Les hemos expresado que todos son nuestros vecinos; incluso aquellos que están a unos ocho mil kilómetros de nosotros: nuestros vecinos y los de nadie más. Les hemos dado la bienvenida en la gloriosa comunión de las democracias, incluyendo a aquellos países que gozan de una excesiva y conocida autocracia. Los hemos protegido cuando eran jóvenes, inseguros, y no cabe duda de que continuaremos haciéndolo así" (págs. 287-288).

Ensoberdecidos por años de prédica antiimperialista, nos hemos olvidado de que en muchos casos muchos de ellos siguen pensando como la autora. No es cinismo: es, simplemente, la ignorancia irredimible que produce el capitalismo triunfante. Obse-

sionados con dónde invertir sus dólares, los norteamericanos de aquella época no parecían tener demasiado tiempo para consultar libros de historia latinoamericana. Si ellos han olvidado a Panamá, Colombia al parecer todavía recordaba, en los cuarenta, tan brutal trapionda. Sólo que sus inversiones directas eran, en 1938, de apenas 108 millones de dólares y con ellas controlaban en forma casi exclusiva el petróleo, los bananos (la *United Fruit*), las minas de oro y, claro está, los servicios públicos, puertos, transportes (Avianca, por conducto de *Pan American*), construcciones, fábricas, agencias (págs. 302-303). No lo digo yo: lo afirma la autora. Entonces, ¿para qué recordar tan engorrosos incidentes?

Alguien demasiado apresurado, bien puede pensar que esta prédica proyanqui, en vísperas de la segunda guerra, con todos sus paranoicos temores acerca de una quinta columna nazi infiltrada en Colombia, es inválida, de plano. No sobra advertir que todo el libro no es más que un constante, afirmativo y razonado acto de amor hacia un país al cual la autora quiere y admira, de modo entrañable. Un país, además, que ella conoce mejor que muchos de sus habitantes. Si quedan dudas, prestemos atención a lo que viene:

*"Sorprende ver cómo en esta nación de formidables bebedores, sólo un veinticinco por ciento de la lista total de homicidios y asaltos ha sido cometido bajo la influencia del alcohol, particularmente desde que el número de los crímenes cometidos por causa de dinero o de intereses materiales y que podrían ser premeditados, es extraordinariamente pequeño, un escaso cinco por ciento. No estoy segura de definir lo que eso prueba; tal vez sólo la deficiencia de la estadística"* (pág. 39).

Un conocimiento tan cabal de nuestras circunstancias es el que le permitirá luego desarrollar, a lo largo de varias páginas (capítulos IV y V por

ejemplo), descripciones muy ajustadas acerca de la índole de nuestras gentes. Esta palabra, precisamente: "gente", es la que emplea para rotular a las clases altas, cercanas a la raíz hispánica, mientras la otra, "pueblo", la aplica a la inmensa masa desposeída, "el proletariado negroide o grandemente mestizo" (pág. 30), que integra la mayor parte de la población y se halla radicalmente distanciado de la primera. Analfabeta y supersticiosa, ella vence, gracias a la chicha y el aguardiente, "la fatiga, la enfermedad y el infinito aburrimiento de una vida sin horizontes" (pág. 36). Ella también, según la autora, es imposible de delimitar dentro de una generalización tan tópica.

En todo caso, y ya terminando el libro, Romoli retoma el tema: "Mi convicción personal es que si, por algún milagro, todo peón y campesino que habite entre el Caribe y el Putumayo tiene la posibilidad mañana de hacer estudios superiores y de obtener una visión moderna de la vida, el resultado será un enorme desastre, pues el que tiene una visión moderna de las cosas exige, y Colombia no está en condiciones de satisfacer esas exigencias" (pág. 302). Parece un poco amargo darle toda la razón, pero por lo menos reconocamos que la autora tenía cierta perspicacia premonitoria<sup>2</sup>.

Alternando episodios conocidos — la leyenda de Guatavita, la llegada de Jiménez de Quesada, los piratas de Cartagena, las diferencias entre Bolívar y Santander, este último "el hombre que se refrenó siempre a sí mismo" (pág. 82)— con impresiones muy vívidas de sus desplazamientos — una frustrada visita a los arhuacos, en la Sierra Nevada; el viaje en hi-

<sup>2</sup> "La Colombia de hoy no es la de hace treinta años. El país se ha modernizado, urbanizado y socializado. Ha avanzado enormemente en lo cultural y lo económico; cuenta con 300.000 universitarios y una opinión cada vez mejor informada. Lo que menos ha evolucionado son las instituciones políticas, que aún consagran fórmulas tal vez sabias del pasado, pero que en un presente lleno de nuevas fuerzas que reclaman participación y apertura, pueden convertirse en una explosiva camisa de fuerza". Enrique Santos Calderón, "La rebelión goda", columna *Contraescape*, *El Tiempo*, 22 de noviembre de 1984, pág. 4A.

droavión, por el Magdalena, hacia la costa; la espera interminable de una lancha, en Puerto López; la forma desprejuiciada como trataban el oro en la Casa de Moneda, en Medellín—, logra darle a su recuento una flexibilidad rápida. Sabe, así mismo, que Colombia es un país de ciudades, y por ello les dedica a casi todas breves monografías, que si no tienen el vuelo de las prosas amartilladas de Armando Solano sobre el mismo tema, sí son bastante útiles y concretas. Recrean, a cabalidad, atmósferas propias.



Ella lo vio, estuvo allí, y tuvo el suficiente entusiasmo, y la necesaria persistencia, para comunicarnos, con precisión, y en ocasiones con irrefrenable lirismo, sus impresiones, algunas totalmente novedosas. "Hay que ver a Tunja en verano, dorada y limpia, bajo su cielo de cobalto" (pág. 86). Otras veces, en cambio, abandona la poesía por un refrescante sentido del humor. Sobre la catedral de Manizales, por ejemplo, dice que sus bóvedas vagamente moriscas y sus campanarios ligeramente cubistas, sus rosetones modernistas y sus atrios más o menos góticos tienen la inconfundible ventaja de poder ser vistos a larga distancia.

Su decálogo para ser minero en las prometidas tierras de Nariño resulta antológico: "Si se es fuerte y razonablemente hábil, si se logra una reputación de persona correcta en los procedimientos y no se teme vivir a dos o tres días de la ciudad más cercana, quizás a una altura que impide cocinar cualquier alimento sin disponer de una marmita a presión; si se pueden realizar trabajos desa-

costumbrados, a veces con el agua hasta la cintura, y si se puede dormir en cualquier sitio y andar a lomo de mula dando tumbos arriba y abajo todo el día, por senderos perdidos en el fango; si se sabe eludir las amebas y combatir la malaria, entonces sí, se puede muy bien trabajar como minero en Nariño" (pág. 198).

Finalmente, su descripción de los ídolos agustinianos no deja de tener penetración y gracia. Confiesa Romoli: "No son muy agradables esas divinidades rechonchas y horribles y esos animales sagrados en su macizo misterio, pero constituyen un campo fascinador para toda especulación y aun los severos hombres de ciencia han de reconocer un humor monstruoso en ellas. Algunas de estas figuras antropomorfas aparecen equipadas con sombreros paleolíticos de jugadores de bolos, otros llevan tocacas eminentemente respetables, bien ceñidas a la frente, con un aire irresistible de arrabalerismo petulante. Todas exhiben expresiones malhumoradas: las de mejor aspecto parecen exponentes de uno de los siete pecados capitales: la gula; las otras muestran gestos que van desde la malevolencia a una especie de superioridad displicente" (pág. 209).

No sé que opinarían Eugenio Barney Cabrera o Luis Duque Gómez de un texto como este. En todo caso, una vez transcrito el párrafo, volví a mirar el libro de este último, titulado *San Agustín* (1982), con fotos de Francisco Hidalgo, y me di cuenta de que Kathleen Romoli era una buena escritora: convertía en palabras lo que veía y decía lo que pensaba. Y no contenta con la validez de sus impresiones inmediatas, las compulsaba dentro de un marco de referencias más objetivo, si se quiere. El libro de Preuss, en este caso. Sin embargo, y esto es lo importante, volvía siempre a ese germen inicial, a ese afán de comprensión sincera que impulsa sus páginas. Podemos entonces resumir su "método" con lo que dice en este aparte:

"Cuidadosamente ordenado en largas columnas, contaba con todo un archivo de estadísticas referentes al costo y a la producción de agricul-

tura, a la producción anual de los minerales, al desarrollo industrial durante los últimos veinte años en el Valle, etc. Los he enterrado tranquila y respetuosamente, pues ya no puedo ver a Cali a través de ese velo de cifras y porcentajes, ni puede hacerlo nadie. La veo a la luz de mis amistades, por sucesos causales, en escenas que se han vuelto claras y como repujadas en mis recuerdos, al olvidar los detalles que las rodean, y este es probablemente el único camino viable para conocerla" (pág. 172). No es que ella no dé las estadísticas; es que luego de darlas, va más allá de ellas. Y, afortunadamente, tampoco incurrió en el vicio, tan colombiano, de tapar un hueco mental con un adjetivo relampagueante.

Aunque es de lamentar que no cite el telegrama antológico recibido por Pablo Neruda cuando se acercaba a Popayán: "Maestro: sesenta mil poetas os saludan"<sup>3</sup>, sí tiene buenos y contundentes párrafos acerca de ese "intelectualismo pesimista, más especulativo que creador", del bogotano; de esa propensión suya al análisis y al mismo tiempo a la ironía que "ha sido a la vez su bendición y su maldición", impidiéndole la cabal realización de las cosas. "Cuando la gente tiene un agudo sentido del ridículo, y posee la inteligencia de aplicarlo a sí mismo, se siente intelectualmente libre —y un tanto más divertida— que las almas más sencillas, pero desperdicia las exigencias más constructivas. La ironía y las ilusiones no son buenas compañeras, y las ilusiones, particularmente si son inconscientes, son fenómenos muy productivos cuando se las aplica a fines prácticos" (pág. 206). Fines prácticos: esto suena bastante convincente en boca de una norteamericana, con preocupaciones didácticas. "En los años 1938-1939, sólo había cincuenta y cuatro estudiantes colombianos registrados en nuestros colegios [en Estados Unidos], pero este número era ya mayor que el de cualquier otro país sudamericano [...]: "La influencia de este hecho es mucho más importante de lo que las

<sup>3</sup> Germán Arciniegas, Colombia, Washington, 1962, *Unión Panamericana*, pág. 43.

mencionadas cifras pueden indicar: un grupo muy pequeño puede ejercer una influencia considerable en un país de sólo nueve millones de habitantes y en el que la clase gobernante es limitada y el ochenta por ciento de la población es analfabeta" (pág. 294).

Lo repito: no se trata de un manual de la CIA destinado a fomentar la fuga de cerebros sino de un libro agudo y bonachón —estas dos categorías no son totalmente incompatibles— surcado de puerilidades, que no lo son tanto, y de hechos, *facts, facts*, bastante contundentes. Basta compararlo con el de Alcides Arguedas, *La danza de las sombras*<sup>4</sup>, que abarca los años 20 y 30, para medir la distancia entre la visión aristócrata-literaria de un destacado novelista sudamericano con la óptica mucho más campechana, y quizás democrática, de esta norteamericana. Aunque sus enfoques son totalmente diferentes, sus exposiciones se corroboran: hablan del mismo país, aquel que de 1900 a 1930 duplicó su población, y que en los cuarenta tenía sólo 35.000 extranjeros registrados como residentes.

Un país, entonces, en pleno crecimiento, de contrastes tan pintorescos como atroces, gobernado por los niños de la guerra de los Mil Días (1899-1902): la generación del centenario, y cuyas transformaciones las

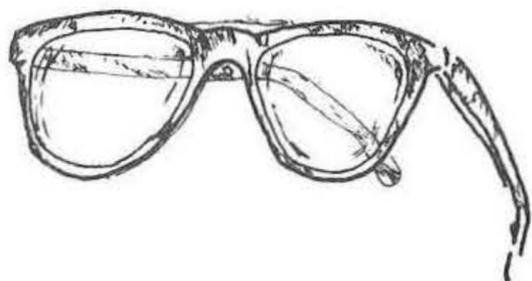


<sup>4</sup> Alcides Arguedas, *La danza de las sombras*, Barcelona, España, 1934. Reimpresión: Banco de la República, Bogotá, 1983. Las páginas que Arguedas y Romoli dedican a las diferencias sociales, el alcoholismo y la índole bogotana son similares.

percibimos mejor, no en la historia grande, de discursos en el congreso y elecciones presidenciales, sino en la otra, la de incidentes nimios pero asaz reveladores. En ellos es experta Romoli: "El ruido típico de Popayán es el que producen los pequeños cascos sin herrar de los asnos y las mulas al pasar por las calles asfaltadas. Desearía que el gangoseo de la radio no llegara nunca a turbar esta paz; pero las ventajas, por otro lado, están en contra de mi esperanza. Por ahora el ruido característico de Colombia son las rumbas tocadas insistentemente a todo lo que da el dial" (pág. 185).

¿Se necesita decir algo más? No lo creo. Un libro como éste, escrito hace cuarenta años, y nunca reeditado, que yo sepa, bien merece ingresar a la muy útil serie de viajeros extranjeros por Colombia, en buena hora patrocinada por el Banco de la República. Como dice la autora, quizás por ser tan corto, a los colombianos les gusta recordar su pasado, y éste, un pasado inmediato, parece a la vez tan próximo y tan distante, que no sabemos muy bien qué actitud adoptar ante él.

¿Acompañarla en su fe por los beneficios económicos que depara la industria del turismo o solidarizarnos en su defensa de las artesanías, en general, y del barniz de Pasto, en particular? No lo sé. Lo que sí me gusta es su mezcla de irritación y afecto ante algo que le es tan próximo, y su capacidad para, poniendo los pies en la tierra y elogiando los sabores de la curuba, la granadilla, la chirimoya y la pitahaya, darnos también algo del pulso histórico de aquellos años, medido con ojos, si no desprejuiciados, sí, por lo menos, con prejuicios diferentes de los nuestros.



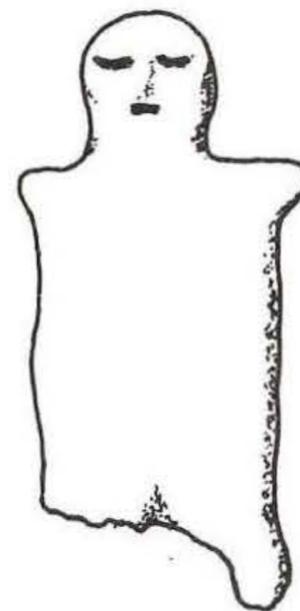
En Colombia —dice la autora— las estadísticas tienen una imprecisión un poco desconcertante, ya que, al fin y al cabo, ¿qué importa medio millón entre amigos? No puedo, en consecuencia, evaluar los méritos estadísticos de estas 326 páginas, ni tengo, tampoco, los conocimientos y la autoridad para recomendar los méritos históricos, botánicos, zoológicos, psicológicos, antropológicos y ecológicos de la obra comentada. Sin embargo, he visto en aquellas páginas personajes que no me eran del todo desconocidos, ni ajenos a mi menester literario: el solitario de La Tolda, en Honda, que vivió once años en una cueva buscando un tesoro, o la Marquesa de Torres Hoyos, en Mompox, una viuda bella, "dueña de dieciséis millones de hectáreas entre el Magdalena y el Cauca". No se trataba de seres míticos robados a las páginas de Álvaro Mutis y García Márquez aún no escritas. Eran, unos años antes, la comprobación de que Kathleen Romoli tenía buen olfato, para anotar lo que de verdad valía la pena destacarse. Pero éste no es, evidentemente, la virtud central de este libro honesto y claro y, cómo no, parcial e insuficiente, como toda obra humana. Son muchos, y son variados. Vale la pena leerlo, recordándolos. Se trata de un buen ejercicio para mejorar la vista y fortalecer los ojos. Siempre es útil mirarnos tal como nos ven los otros.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

## Trayendo a cuento la Alemania prenatal

**Expresionismo**  
*Rubén Jaramillo Vélez*  
 Revista Argumentos,  
 núms. 8-9, agosto de 1984

El expresionismo fue un movimiento complejo y contradictorio surgido en un momento así mismo contradictorio y problemático de la Europa contemporánea. Abarcó, como es sabido, diversos campos de la cultura: hay un expresionismo en poesía, en



pintura, en escultura, sin contar su influencia en la novela, e incluso existió una actitud expresionista en hombres anteriores al expresionismo propiamente dicho, como Friedrich Nietzsche, en razón de sus críticas al capitalismo y al positivismo como filosofía del optimismo burgués. En este sentido, como ha señalado hace tiempos Mario de Michelli en su ya clásico libro sobre el tema, *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, en su conjunto el expresionismo fue un movimiento diverso, a veces ambiguo y con puntos de partida personales diferentes, pero ciertamente unificado en su general actitud de oposición y de señalamiento del fracaso y las falacias de la mentalidad pragmática con la cual la burguesía europea pretendía ocultar tanto su política expansionista como su acelerada marcha hacia la primera guerra mundial, conflicto en el que naufragaron definitivamente sus ideales de racionalismo, progreso indefinido, estabilidad social y política y, en general, de felicidad humana.

Anotamos todo esto a propósito de las reflexiones que sobre el tema en cuestión ha consagrado la revista *Argumentos*, que viene dedicada a "desparroquializar" la cultura en Colombia al ligarla a sus orígenes europeos en el contexto de una madura reflexión donde lo nacional adquiera un sentido, y que ha cumplido una labor de análisis filosófico e histórico en el afán de contribuir a una meditación crítica en torno a la cultura mundial.